

I EL POR QUÉ DEL SUFRIMIENTO Y EL SILENCIO DE DIOS

Dios calla, aparentemente, y no ofrece ninguna respuesta a quienes buscamos razones o explicaciones, principalmente del sufrimiento del inocente. Ante las grandes catástrofes y males de nuestra sociedad seguimos preguntándonos, ¿dónde estarán las manos de Dios?

Dios no tiene la culpa de nuestros males, aunque según nosotros, deje morir a los niños, o permita que se cometan abusos, o no responda a nuestros ruegos... Es cierto que Dios dirige nuestra vida, pero respeta nuestra libertad. Con frecuencia solemos prescindir de Dios llevados por este tipo de reflexiones. Y este es nuestro mayor error. Porque necesitamos urgentemente perdonar a Dios, pero sobre todo, perdonarnos a nosotros mismos, ya que en realidad, la mayoría de las veces, no estamos enfadados con Dios, sino con nosotros y entre nosotros porque aún no hemos conseguido conquistar nuestra divinidad. Una divinidad que se realiza mediante el perdón. En el fondo es el amor incondicional por nosotros mismos lo que buscamos desesperadamente, las más de las veces a través de sucedáneos. Perdonarse a uno mismo – Perdonar a Dios. Ambas cosas son lo mismo. Y por ahí se empieza a caminar. Porque lo queramos o no, Dios está presente especialmente en los que sufren. No se ha ido de nuestras vidas ni nos ha abandonado. Por el contrario, ha tomado partido por el ser humano. El es amigo de la vida, no del sufrimiento y de la muerte

Sufrimientos y cruces de nuestra humanidad

Un cuento judío dice que la suerte del ángel es que no puede estropearse. Su desgracia es que no puede mejorar.

La desgracia del hombre es que puede estropearse. Y su suerte que puede mejorar. Efectivamente, lo más grande del hombre es el poder ser libre, aunque esto, a su vez, pueda ser su gran perdición.

Benito Pérez Galdós solía decir en señal de alarma por el entorno social que le tocó vivir: “¡Qué tiempos, qué hombres!”. Santa Teresa hablaba de los tiempos recios de su entorno y de que el mundo estaba ardiendo. Con propiedad nosotros podemos seguir repitiendo la misma cantinela, ya que nuestros tiempos también son difíciles e ingratos.

Vivimos divididos. Hemos levantado muros para alejar a los que nos molestan por su color, lengua o religión. No hay seguridad en nuestras calles, no hay libertad de expresión. Hemos sacado a Dios de las escuelas, de los hogares, de la vida pública. Vivimos en una sociedad que propicia el hedonismo. Hemos caído en lo que Benedicto XVI llamó la “*facilonería*” de la vida que nos embota la mente con egoísmo y apegos. Sufrimos de una gran pobreza, ya que “*la primera pobreza de nuestros pueblos es no conocer a Cristo*” (Teresa de Calcuta).

Librar a la humanidad del hambre y la malnutrición requiere no sólo habilidades técnicas, *“sino sobre todo un genuino espíritu de cooperación que una a todos los hombres y mujeres de buena voluntad”*, exhorta Benedicto XVI. El Papa constató los obstáculos para acabar con el flagelo del hambre: *“conflictos armados, enfermedades, calamidades atmosféricas, condiciones ambientales y desplazamiento forzoso masivo de población”*. No se terminará el hambre en el mundo ni habrá paz mientras no haya una mayor justicia social. Necesitamos la paz, cierto, pero ésta sólo arraiga en la justicia.

Nuestra humanidad sufre casi siempre sin saber muy bien por qué. Lo malo de esta ignorancia, es que nos hemos contaminado por la indiferencia, la violencia y las desigualdades. El sufrimiento es causado, a veces, por la misma naturaleza, otras, es precisamente la misma persona quien se lo ocasiona voluntaria o involuntariamente. Otras veces es el hermano quien hace sufrir al otro. Hay cifras que nos hablan de injusticias, de hambre, de guerras, de muerte. En nuestro tiempo triunfa la fuerza bruta, la ley del poderoso se impone. No se ama la vida, ni se cuida, ni se defiende. Por eso hay muchas y nuevas clases de esclavitudes, como la venta de niños, de órganos, la prostitución, la mutilación sexual de las niñas, la adicción a las drogas y el alcohol, los inmigrantes explotados y no acogidos como seres humanos y un largo etc. Y así el miedo se va apoderando de millones de seres humanos.

Hay muchas cruces y sufrimientos. Uno de los más frecuentes es el de los enfermos. La enfermedad golpea, cansa, debilita y chupa salud y vida. Nadie puede medir el dolor de un enfermo; sólo él sabe del amor puesto en la aceptación de esos dolores, de esas soledades y de las incomprendiones de los otros. La enfermedad sale en nuestro encuentro y ante ella no tenemos a donde huir; la enfermedad terminará encarcelándonos, arrancándonos nuestros planes, aplastándonos y destrozándonos la vida. El enfermo, en muchas ocasiones, parece no contar, como si fuera un cero a la izquierda, sin presente y sin futuro. Ante la enfermedad hay varias actitudes: la de sobrevivir o la de escapar y sucumbir.

El dolor nos hace iguales, nos hermana anulando las diferencias entre unos y otros: sólo a través de él descubrimos que la capacidad humana ante el sufrimiento es ilimitada. Todo lo que nos cae encima, lo aguantamos; pero el miedo a sufrir nos paraliza y nos roba las fuerzas para poder sobrellevarlo. Cuando no tenemos miedo al dolor, sufrimos mucho menos. *“En muchas ocasiones lo más terrible no es el dolor en sí, sino lo que pensamos sobre él, lo que imaginamos en nuestra mente”* (B. Sh. Lukeman).

EUSEBIO GÓMEZ NAVARRO, O.C.D

¿POR QUÉ A MÍ?
¿POR QUÉ AHORA?
Y ¿POR QUÉ NO?
SENTIDO DEL SUFRIMIENTO